

Historia del año

Era a finales de enero; rugía una terrible ventisca; remolinos de nieve giraban por calles y callejones; la nieve tapaba las ventanas de las casas, caía de los tejados en grandes copos, y el viento empujaba sin cesar a los transeúntes. Estos corrían, volaban desbocados, hasta que chocaban unos contra otros y se detenían un instante, agarrándose fuertemente el uno al otro. Carruajes y caballos parecían espolvoreados; los lacayos permanecían de pie sobre los estribos, de espaldas a los carruajes y al viento, mientras los peatones procuraban mantenerse a sotavento, resguardados tras los coches, que apenas avanzaban por la nieve profunda. Cuando finalmente la ventisca amainó y limpiaron estrechos senderos junto a las casas, los transeúntes chocaban continuamente y se detenían frente a frente en actitudes expectantes: nadie quería ser el primero en dar un paso hacia el montón de nieve, cediendo el paso al otro. Pero entonces, como por un acuerdo tácito, cada uno sacrificaba una pierna, hundiéndola en la nieve.

Al anochecer, el tiempo se calmó por completo; el cielo quedó tan claro y limpio, como si lo hubieran barrido, e incluso parecía más alto y transparente, mientras las estrellitas, cual si las hubieran pulido de nuevo, brillaban y centelleaban con lucecillas azuladas. El frío crujía intensamente, y hacia la mañana la capa superior de la nieve se había endurecido tanto, que los gorriones saltaban sobre ella sin hundirse. Se deslizaban de un ventisquero a otro, brincaban por los senderos limpios, pero ni aquí ni allá encontraban nada comestible. Los gorrioncillos estaban bastante ateridos.

—¡Pip! —decían entre sí—. ¡Y esto es Año Nuevo! ¡Es peor que el anterior! ¡No valía la pena cambiarlo! No, no estamos contentos, ¡y no sin razón!

—¡Y la gente, la gente qué alboroto ha armado recibiendo el Año Nuevo! —dijo un pequeño gorrión aterido—. ¡Dispararon, rompieron ollas de barro contra las puertas, en fin, se volvieron locos de alegría, todo porque llegó el fin del año viejo! Yo también me alegré al principio, pensando que ahora llegaría el calor; ¡pero nada de eso! ¡Hiela aún más fuerte que antes! La gente, al parecer, se ha confundido y ha mezclado las estaciones del año.

—¡En efecto! —exclamó un tercero, un gorrión viejo con una cresta canosa—. ¡Ellos tienen esa cosa, inventada por ellos mismos, que llaman calendario, y se imaginan que todo en el mundo debe seguir ese calendario! ¡Ni hablar! La primavera llegará, y entonces comenzará el Año Nuevo, y no antes; así está establecido para siempre en la naturaleza, y yo me atengo a ese cómputo.

—¿Y cuándo llegará la primavera? —preguntaron los demás gorriiones.

—Llegará cuando llegue la primera cigüeña. Pero ella no es muy puntual, y es difícil calcular de antemano cuándo llegará exactamente. Por lo demás, si hay que informarse sobre esto, no será aquí, en la ciudad, donde nadie sabe nada con certeza, sino en el campo. ¡Volémonos allá a esperar la primavera! Allí llegará más pronto.

—¡Todo eso está muy bien! —dijo una gorriona, que llevaba tiempo revoloteando por allí y piando, pero sin participar en la conversación—. Solo hay una cosa: aquí, en la ciudad, estoy acostumbrada a ciertas comodidades, y no sé si las encontraré en el campo. Aquí hay una familia humana a quien se le ocurrió la sensata idea de clavar en la pared tres o cuatro macetas vacías. Con su borde superior quedan bien adheridas a la pared, mientras que el fondo queda hacia fuera, y en él hay un pequeño agujero por el que yo entro y salgo libremente. Allí fue donde mi esposo y yo hicimos nuestro nido, y desde allí volaron todos nuestros polluelos. Es evidente que la gente hizo todo esto para su propio deleite, para contemplarnos; de otro modo, no habrían movido ni un dedo. Nos tiran migajas de pan, también por su propio placer, pero para nosotros son alimento. De este modo, aquí estamos hasta cierto punto asegurados, y creo que mi esposo y yo nos quedaremos. También estamos muy descontentos, pero aun así nos quedaremos.

—¡Pues nosotros volaremos al campo a ver si ya viene la primavera! —dijeron los otros, y se marcharon volando.

En el campo reinaba un invierno verdadero, y hacía quizás aún más frío que en la ciudad. Un viento cortante soplaba sobre los campos nevados. Un campesino, con grandes mitones abrigados, iba en trineo, golpeándose las manos para sacudirles el frío; el látigo descansaba sobre sus rodillas, mientras los caballos flacos trotaban; el vapor brotaba de ellos. La nieve crujía bajo los patines del trineo, y los gorriiones saltaban por las huellas dejadas por el trineo, tiritando de frío.

—¡Pip! ¿Cuándo llegará la primavera? ¡El invierno se alarga demasiado!

—¡Demasiado largo! —resonó desde una alta colina cubierta de nieve, y el eco rodó por los campos. Quizás era solo el eco, o quizás la voz de un anciano extraño sentado sobre un montón de heno en la colina. El anciano estaba blanco como la luna, con cabellos y barba blancos, y vestía algo parecido a un abrigo campesino blanco. En su rostro pálido ardían unos grandes ojos luminosos.

—¿Quién es ese anciano? —preguntaron los gorriiones.

—¡Yo lo conozco! —dijo un cuervo viejo posado sobre una cerca. Consciente con indulgencia de que «todos somos pequeños pájaros ante el Creador», se ofreció benévolamente a aclarar a los gorriones su duda.

—Sé quién es. Es el Invierno, el antiguo soberano del año pasado. Todavía no ha muerto, como dice el calendario, y ha sido nombrado regente hasta la aparición del joven príncipe, la Primavera. Sí, el Invierno sigue gobernando nuestro reino. ¡Uf! ¿Qué, supongo que estaréis helados, pequeñuelos?

—Bueno, ¿no decía yo? —dijo el gorrión más pequeño— que el calendario es una invención humana vacía. No está adaptado en absoluto a la naturaleza. ¿Acaso tiene la gente algún instinto? ¡Que dejaran a nosotros distribuir las estaciones del año; nosotros estamos hechos con mayor delicadeza y sensibilidad que ellos!

Pasó una semana, luego otra. El bosque ya se había oscurecido, el hielo del lago parecía plomo solidificado, las nubes... ¡qué nubes ni qué nada! Una niebla espesa cubría toda la tierra. Grandes cuervos negros volaban en bandadas, pero en silencio; toda la naturaleza parecía sumida en un sueño pesado. Pero entonces un rayo de sol se deslizó sobre el lago, y el hielo brilló como estaño fundido. La capa de nieve en los campos y colinas había perdido ya su brillo, pero la figura blanca del anciano Invierno seguía sentada en el mismo lugar, con la mirada fija hacia el sur. Él no notaba que el manto nevado se iba fundiendo en la tierra, que aquí y allá asomaban pedazos de césped verde, sobre los cuales se apiñaban multitudes de gorriones.

—¡Qui-vit! ¡Qui-vit! ¿Será ya la primavera?

—¡Primavera! —resonó como eco sobre campos y prados, corrió por los bosques de color pardo oscuro, donde los troncos de los árboles viejos se habían cubierto ya de musgo fresco y verde. Y entonces, desde el sur, apareció la primera pareja de cigüeñas. Sobre la espalda de cada una iba sentado un niño precioso: en una, un muchacho; en la otra, una niña. Al poner pie en tierra, los niños la besaron y caminaron tomados de la mano, y tras sus huellas florecían directamente sobre la nieve flores blancas. Los niños se acercaron al anciano Invierno y se abrazaron a su pecho. En ese mismo instante, los tres juntos, y con ellos todo el paisaje, desaparecieron en una nube de niebla espesa y húmeda. Poco después sopló el viento y dispersó de golpe la niebla; el sol resplandeció: el Invierno había desaparecido, y en el trono de la naturaleza se sentaban los preciosos niños de la Primavera.

—¡Esto sí que es un Año Nuevo! —dijeron los gorriones—. ¡Ahora, supongo, nos recompensarán por todas las adversidades del invierno!

Adondequiera que miraran los niños, por todas partes los arbustos y árboles se cubrían de yemas verdes, la hierba crecía cada vez más alta, los sembrados verdeaban con mayor intensidad. La niña derramaba flores sobre la tierra; tenía tantas en su delantal que, por mucho que se apresuraba a esparcirlas, el delantal seguía estando repleto. En un arranque de alegría, la niña roció los manzanos y los melocotoneros con una verdadera lluvia de flores, y los arbolitos quedaron en plena floración, incluso antes de haberse cubierto adecuadamente de follaje.

La niña aplaudió, y el muchacho también aplaudió, y entonces, de la nada, llegaron volando, cantando y gorjeando, bandadas de pajarillos: «¡Ha llegado la primavera!»

Era un gusto mirar alrededor. De una u otra choza salían arrastrándose hasta el umbral viejas abuelas, para desperezar sus huesos al sol y contemplar las florecillas amarillas que doraban los prados exactamente igual que en los días de su lejana juventud. Sí, el mundo había rejuvenecido, y ellas decían: «¡Qué día tan bendito es hoy!»

Pero el bosque seguía siendo todavía de color pardo-verdoso; en los árboles aún no había hojas, solo yemas; sin embargo, en los claros del bosque ya perfumaba el joven jazmín silvestre, florecían las violetas y las anémonas. Todos los tallos se habían llenado de savia vivificante; sobre la tierra se extendía una exuberante alfombra verde, y sobre ella estaba sentada una joven pareja, tomada de la mano. Los niños de la Primavera cantaban, sonreían y seguían creciendo y creciendo.

Una lluvia tibia caía suavemente del cielo, pero ellos ni siquiera la notaban: las gotas de lluvia se mezclaban con lágrimas de alegría.

del novio y la novia. La joven pareja se besó, y en ese mismo instante el bosque se vistió de verde. Salió el sol: todos los árboles lucían un suntuoso atuendo de hojas.

De la mano, el novio y la novia avanzaron bajo ese fresco y espeso dosel, donde la vegetación brillaba, gracias al juego de luces y sombras, con miles de matices distintos. La hoja virginalmente pura y delicada difundía un aroma vivificante; los arroyos y riachuelos murmuraban alegre y sonoramente, deslizándose entre juncos de un verde aterciopelado y guijarros multicolores. «¡Así fue, es y será por los siglos de los siglos!», proclamaba toda la naturaleza. ¡Escucha! Cuculilleó el cuco, resonó el canto de la alondra. La primavera estaba en pleno apogeo; solo los sauces aún no se despojaban de sus mitones de pelusa sobre sus florecillas; ¡tan cautelosos son, que resulta aburrido!

Los días pasaban tras los días, las semanas tras las semanas; la tierra parecía bañada de calor; olas de aire ardiente penetraban en las espigas del trigo, y estas

comenzaban a amarillear. El loto blanco del norte desplegó sobre la superficie espejada de los lagos del bosque sus anchas hojas verdes, y los pececillos se ocultaban bajo su sombra. En el lado soleado del bosque, resguardado del viento, junto a la pared de una casita campesina bañada por el sol, donde florecían exuberantemente, bajo las ardientes caricias de los rayos solares, suntuosas rosas y crecían cerezos cubiertos de jugosas, negras y calientes bayas, se sentaba la hermosa esposa del Verano, a quien habíamos visto primero como niña y luego como novia. Observaba las nubes oscuras que se amontonaban unas sobre otras formando altas montañas negroazules y sombrías; avanzaban desde tres direcciones y finalmente se cernieron sobre el bosque como un mar petrificado, volcado boca abajo. En el bosque todo enmudeció, como por arte de magia; los vientecillos se acostaron, los pajarillos callaron, toda la naturaleza quedó inmóvil en solemne expectativa, mientras por caminos y senderos galopaban desaforadamente gentes en carros, a caballo y a pie: todos se apresuraban a guarecerse de la tormenta. De pronto brilló un rayo de luz cegador, como si el sol hubiera rasgado por un instante las nubes; luego volvió a reinar la tiniebla y rodó un sordo trueno. El agua se precipitó del cielo en torrentes. Tinieblas y luz, silencio y estruendos tronantes se sucedían mutuamente. Sobre los jóvenes carrizos, con penachos pardos en sus cabezas, las olas corrían una tras otra impulsadas por el viento; las ramas de los árboles desaparecieron completamente tras la densa cortina de lluvia; luz y oscuridad, silencio y golpes de trueno se alternaban cada minuto. La hierba y las espigas yacían aplastadas; parecía que jamás podrían volver a levantarse. Pero he aquí que el chaparrón se transformó en una lluvia gruesa y dispersa, asomó el sol, y sobre briznas y hojas centellearon grandes perlas; cantaron los pájaros, salpicaron los peces en el agua, danzaron los mosquitos. Sobre una piedra que sobresalía justo en la orilla, emergiendo de la espuma salada del mar, se sentaba y se calentaba al sol el Verano, hombre robusto, fuerte y musculoso. De sus rizos manaban enteros arroyos de agua, y lucía tan refrescado, tan rejuvenecido, como después de un baño frío. Rejuvenecida y refrescada quedó también toda la naturaleza; todo alrededor florecía con una magnificencia, fuerza y belleza sin precedentes. ¡Había llegado el verano, el cálido y benéfico verano!

Del trébol, que había brotado densamente en el campo, emanaba un dulce aroma vivificante, y las abejas zumbaban sobre el lugar de las antiguas asambleas. La piedra sacrificial, lavada por la lluvia, brillaba intensamente al sol; los tenaces brotes de zarzamora la vestían con una espesa franja. Hasta ella voló la reina de las abejas con su enjambre; depositaron sobre el altar los frutos de sus trabajos: cera y miel. Nadie presenció el sacrificio salvo el propio Verano y su compañera,

llena de fuerzas vitales; para ellos estaban destinados los dones sacrificiales de la naturaleza.

El cielo vespertino resplandecía como oro; ninguna cúpula de iglesia podía compararse con él; desde el atardecer hasta el alba brillaba la luna. Afuera reinaba el verano.

Y los días pasaban tras los días, las semanas tras las semanas. En los campos centelleaban hoces y guadañas relucientes; las ramas de los manzanos se doblaban bajo el peso de frutos rojos y dorados. El lúpulo fragante colgaba en grandes racimos. A la sombra del avellano, cubierto de nueces asentadas en nidillos verdes, descansaban marido y mujer: el Verano con su compañera seria y pensativa.

—¡Qué lujo! —dijo ella—. ¡Qué bendición, dondequiera que se mire! ¡Qué bien, qué acogedora es la tierra, y sin embargo —no sé por qué— anhelo... reposo, descanso... ¡No encuentro otras palabras! ¡Y ya vuelven los hombres a arar los campos! ¡Siempre стремятся conseguir más y más!... Mira, las cigüeñas caminan por los surcos siguiendo al arado... Ellas, las aves egipcias, nos trajeron aquí. ¿Recuerdas cómo llegamos aquí, al norte, siendo niños?... ¡Trajimos con nosotros flores, luz solar y follaje verde! ¡Y ahora... el viento casi lo ha arrancado todo, los árboles se han vuelto pardos, oscuros, y se parecen a los árboles del sur; solo que no tienen sobre ellos los frutos dorados que allí crecen!

—¿Deseas ver frutos dorados? —dijo el Verano—. ¡Contempla! —Agitó la mano, y los bosques se motejaron de hojas rojizas y doradas. ¡Qué esplendor! En los arbustos de escaramujo brillaron frutos rojo ígneo; las ramas del saúco se cubrieron de grandes bayas rojo oscuro; las castañas silvestres maduras caían por sí mismas de sus nidillos verde oscuro, y en el bosque volvieron a florecer las violetas.

Pero la reina del año se volvía cada vez más silenciosa y pálida.

—¡Sopla el frío! —decía ella—. Por las noches se levantan húmedas nieblas. ¡Añoro nuestra patria!

Y seguía con la mirada a las cigüeñas que volaban hacia el sur, tendiéndoles las manos. Luego miró dentro de sus nidos vacíos; en uno había crecido un esbelto aciano, en otro una mostaza amarilla, como si los nidos hubieran sido tejidos únicamente para servirles de cercado. También los gorriones habían volado hasta allí.

—¡Pip! ¿Y dónde se han ido los dueños? Vaya, sopló un poco el viento sobre ellos y ¡hala!, ¡ya se marcharon! ¡Buen viaje!

Las hojas de los árboles seguían amarilleando y amarilleando; comenzó la caída de la hoja, rugieron los vientos otoñales: llegó el otoño tardío. La reina del año yacía sobre la tierra sembrada de hojas amarillentas; su mirada mansa estaba fija en las estrellas radiantes del cielo; a su lado permanecía su esposo. De pronto se levantó un torbellino y hizo girar las hojas secas en columna. Cuando el torbellino cesó, la reina del año ya no estaba; en el aire frío solo revoloteaba una mariposa, la última de aquel año.

La tierra se cubrió de espesas nieblas, soplaron vientos fríos, se sucedieron largas noches oscuras. El rey del año permanecía con la cabeza encanecida; pero él mismo no sabía que había encanecido: pensaba que sus rizos solo estaban cubiertos de nieve. Los campos verdes se cubrieron con un fino velo nevado.

Y he aquí que las campanas anunciaron la llegada de la Nochebuena.

—¡Campanas navideñas! —dijo el rey del año—. Pronto nacerá una nueva pareja real, y yo hallaré reposo, volaré tras ella hacia la estrella resplandeciente.

En un fresco bosque de pinos verdes, cubierto de nieve, apareció un ángel navideño e iluminó los jóvenes arbolitos destinados a ser símbolo de la fiesta.

—¡Alegría en las moradas de los hombres y en el bosque verde! —dijo el anciano rey del año; en pocas semanas se había convertido en un viejo blanco como la luna—. ¡Se acerca la hora de mi descanso! La corona y el cetro pasan a la joven pareja.

—¡Y aun así el poder sigue en tus manos! —dijo el ángel—. ¡Poder, pero no reposo! ¡Cubre con un manto de nieve los jóvenes brotes! ¡Soporta pacientemente la solemne proclamación del nuevo soberano, aunque el poder siga en tus manos! ¡Soporta pacientemente el olvido, aunque aún estés vivo! ¡La hora de tu sosiego llegará cuando llegue la primavera!

—¿Cuándo llegará la primavera? —preguntó el Invierno.

—¡Cuando regresen del sur las cigüeñas!

Y así, canoso, de barba blanca, helado, viejo, encorvado, pero aún fuerte y poderoso como las tormentas de nieve y ventiscas, el Invierno se sentaba sobre una alta colina, encima de un montón de nieve, sin apartar la vista del sur, igual que el Invierno del año anterior. El hielo crujía, la nieve chirriaba, los patinadores se deslizaban como flechas sobre el hielo brillante de los lagos; cuervos y cornejas negreaban sobre el fondo blanco; no había ni el más mínimo soplo de viento. En medio de ese silencio, el Invierno apretó los puños, y —un hielo grueso congeló todos los estrechos.

Desde la ciudad volvieron a volar los gorriones y preguntaron:

—¿Quién es ese viejo de allá?

Sobre la cerca volvía a estar sentado el mismo cuervo, o su hijo —da lo mismo—, y les respondió:

—¡Es el Invierno! ¡El gobernante del año pasado! Aún no ha muerto, como dice el calendario, sino que actúa como regente hasta la llegada del joven príncipe: la Primavera.

—¿Cuándo vendrá la Primavera? —preguntaron los gorriones—. ¡Quizás tengamos tiempos mejores cuando cambie el gobierno! ¡El antiguo no sirve para nada!

Y el Invierno asentía pensativo ante el bosque desnudo y negro, donde cada ramita, cada arbusto, se dibujaban con tanta claridad y nitidez. Y la tierra se cubrió de nubes de frías nieblas; la naturaleza

se sumió en el letargo invernal. El Señor del Año soñaba con los días de su juventud y madurez, y al amanecer todos los bosques se vistieron con una deslumbrante franja de escarcha; era el sueño estival del Invierno; salió el sol, y la franja se desprendió.

—¿Cuándo llegará la Primavera? —volvieron a preguntar los gorriones.

—¡Primavera! —resonó como eco desde la colina nevada.

Y he aquí que el sol comenzó a calentar cada vez más, la nieve se derritió, los pajarillos gorjearon: «¡La Primavera llega!»

Muy alto, muy alto, por la bóveda celeste, volaba la primera cigüeña, tras ella otra; sobre la espalda de cada una iba sentado un niño precioso. Los niños pisaron los campos, besaron la tierra, besaron también al anciano silencioso del Invierno, y él, como Moisés desde la montaña, ¡desapareció en la niebla!

La historia del año ha terminado.

—Todo esto es hermoso y completamente cierto —observaron los gorriones—, pero no según el calendario, ¡y por eso no sirve para nada!